

PSICOMOTRICIDAD 3.0

PSYCHOMOTRICITY 3.0

Ángel Hernández Fernández

DATOS DEL AUTOR

Ángel Hernández Fernández es Doctor en Psicología y Especialista en Psicomotricidad. Ha sido profesor en la Facultad de Educación y en la Facultad de Medicina de la Universidad de Cantabria (España), así como en la Escuela Universitaria Gimbernat de Logopedia. Ha dirigido cursos de posgrado en Psicomotricidad y es autor de textos sobre psicomotricidad como "Psicomotricidad: Fundamentación teórica y orientaciones prácticas" (2008) y "Guía de actuación y evaluación en psicomotricidad vivenciada" (2015) y "Psicomotricidad constructivista" (2021), junto a otros textos de psicología educativa tales como "Fundamentos de intervención psicopedagógica" (2009) y "Evaluación y diagnóstico psicopedagógico" (2017).
Dirección de contacto: angel.hfbn@gmail.com

RESUMEN

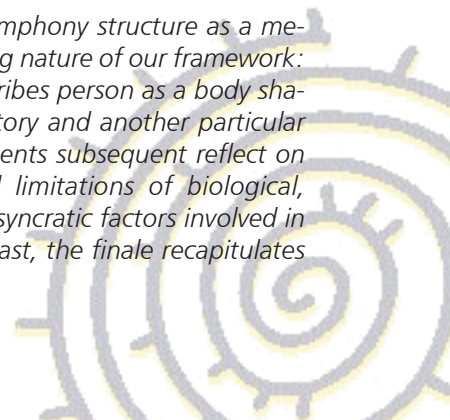
Este artículo plantea un nuevo escenario conceptual para la psicomotricidad basado en el constructivismo como elemento integrador de las distintas aportaciones teórico-prácticas anteriores y como puente con otras disciplinas científicas.

Como metáfora de su voluntad integradora, el artículo adopta una estructura de obra sinfónica: Así, la "obertura" describe a la persona como un cuerpo modelado por una historia colectiva y otra particular. Después le siguen tres "movimientos" que reflexionan sobre los factores biológicos, socio-culturales e idiosincráticos que intervienen en la construcción de la identidad y, por último, un "fi-

ABSTRACT

This paper proposes a novel psychomotricity conceptual framework. This framework relies on constructivism to integrate previous theoretical-practical contributions and to build bridges with other scientific disciplines.

The article adopts a symphony structure as a metaphor of the integrating nature of our framework: First, the overture describes person as a body shaped by a collective history and another particular one. The three movements subsequent reflect on the contributions and limitations of biological, socio-cultural, and idiosyncratic factors involved in identity construction. Last, the finale recapitulates



NÚMERO

46
2021

nale" recoge los objetivos de la intervención psicomotriz desde la perspectiva constructivista, sus requerimientos y los modelos de actuación a la hora de diseñar experiencias de apoyo al desarrollo y de negociar significados con el usuario.

PALABRAS CLAVES: Sistemas autoconstructivos, aprendizaje y desarrollo, modelos subjetivos de realidad, Identidad personal, Inteligencia y memoria corporal, Modelos de intervención, Intersubjetividad y negociación de significados.

the objectives of psychomotor intervention from a constructivist perspective, its requirements, and the action models when designing to design experiences for development support, and meaning negotiating with the user.

KEYWORDS: *Self-constructive systems, Learning and development, Subjective reality models, Personal identity, Body intelligence and memory, Intervention models, Intersubjectivity and negotiation of meanings.*

OBERTURA - Un cuerpo con historia

Si quisiéramos encontrar una base que pudiera sustentar el edificio de la psicomotricidad del siglo XXI, dicha base debiera superar algunas inercias en la explicación del ser humano heredadas de otros tiempos y circunstancias. De esa forma, podría construirse un discurso compatible con el conocimiento científico actual, conocimiento que afecta a nuestra comprensión del desarrollo humano, de los procesos cognitivos y emocionales, de las dinámicas sociales e incluso a nuestra percepción de las cualidades físicas de la realidad.

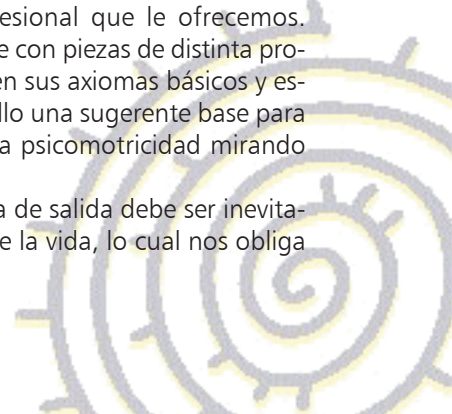
Es posible que haya llegado el momento en el cual quienes trabajamos como agentes de apoyo al desarrollo abandonemos el relato mágico o ideológico y edifiquemos nuestra profesión sobre los nuevos territorios que nos abren las neurociencias y las ciencias sociales fundamentadas en la investigación científica.

En esa línea, el constructivismo representa una me-

tateoría que recorre transversalmente las ciencias básicas como la física (Schrödinger, 2016; Capra, 1998) y la biología (Maturana, 2009, Llinas, 2003; Damasio, 2011) y las ciencias sociales como la psicología (Kelly, 1955; Piaget, 1971, 1977; Vygostki, 1978, 1979; Rogers, 2000; Watzlawick, 2003, 2008), la pedagogía (Ausubel, 1976; Bruner, 1988) o lo sociología (Berger y Luckman, 1968; Weber, 2010).

A lo largo de este artículo iremos encajando las distintas aportaciones de estas disciplinas en una nueva forma de concebir al ser humano, su desarrollo y el apoyo profesional que le ofrecemos. Compondremos el puzzle con piezas de distinta procedencia que comparten sus axiomas básicos y esperamos esbozar con ello una sugerente base para integrar el pasado de la psicomotricidad mirando a su futuro.

Para ello, nuestra casilla de salida debe ser inevitablemente las ciencias de la vida, lo cual nos obliga



NÚMERO

46

2021

a bajarnos del pedestal y asumir sin ambages que para la biología, la genética o la ecología simplemente somos una especie de primate homínido, que surgió de la evolución de las especies sustentada en la química del carbono y el ADN.

Todas las especies tienen sus habilidades adaptativas y ciertamente los humanos tenemos una capacidad cognitiva singular que nos permite construir e interpretar la realidad a partir de nuestras experiencias. Disponer de un modelo comprensivo de la realidad potencia la adaptabilidad del ser humano a su entorno físico y social y le sirve de base para su percepción, su memoria, sus expectativas y sus decisiones, que serán las producciones cognitivas con las que construirá su identidad.

Así, puede afirmarse que somos un cuerpo que se desarrolla a partir de un programa genético, pero que vive una realidad que construimos con elementos socioculturales de nuestra comunidad e interpretaciones de nuestras experiencias personales. El relato de cómo integramos cada uno de esos elementos es nuestra historia personal, una historia en permanente reescritura que registramos y manifestamos aún sin ser conscientes de ello.

Los cuerpos de todos los seres vivos estamos configurados como grandes sistemas biológicos autoconstructivos (Maturana, 2009). El concepto de sistema autoconstructivo es nuclear desde la perspectiva constructivista de cualquier disciplina científica y nos permite explicar eficazmente un amplio espectro de fenómenos, desde la circulación atmosférica a la evolución de un agente infeccioso, desde el comportamiento político de los ciudadanos hasta la interfaz de un teléfono de última generación. Del mismo modo, se utilizará en este texto para explicar las distintas facetas del desarrollo del ser humano.

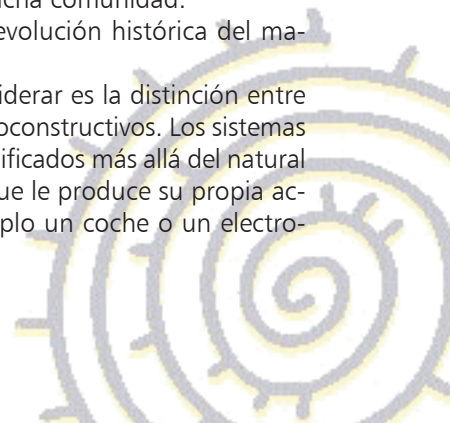
Para adentrarnos en este concepto, tendríamos que establecer en primer lugar qué se entiende por "sistema". Un sistema se puede definir como una entidad identificable y delimitada que está compuesta por elementos interdependientes.

Los sistemas no se pueden equiparar a la suma de sus elementos y como entidad global, adquieren características y capacidades propias que establecen su forma específica de interactuar con su entorno (Von Bertalanffy, 1976). No obstante, el análisis completo de un sistema sólo es posible si también lo contemplamos como elemento del sistema mayor que le engloba y que constituye su entorno.

Un ejemplo de esta anidación de los sistemas lo podemos encontrar en el análisis de la estructura social que hace Bronfenbrenner (1989) en la cual considera los siguientes niveles:

- **Microsistema.** – Constituido por personas con relaciones directas, como la familia.
- **Mesosistema.** – Constituido por los distintos microsistemas de una persona que se influyen entre sí; por ejemplo, en un niño serían su familia, su escuela y sus amigos.
- **Exosistema.** – Sistema que influye indirectamente en la persona, como los servicios sociales, educativos o culturales de una comunidad.
- **Macrosistema.** – El conjunto de valores y creencias compartidas por dicha comunidad.
- **Cronosistema.** – La evolución histórica del macrosistema.

Otro aspecto que considerar es la distinción entre sistemas cerrados y autoconstructivos. Los sistemas cerrados no se ven modificados más allá del natural desajuste y deterioro que le produce su propia actividad. Sirvan de ejemplo un coche o un electrodoméstico.



NÚMERO

46
2021

Por otro lado, los sistemas autoconstructivos, como los seres vivos, están configurados formando estructuras de redes modificables, que se abren a su entorno e interactúan con él mediante procesos cíclicos para obtener e integrar recursos que les permitan, no solo mantener la homeostasis, sino también transformarse mejorando sus capacidades adaptativas.

Esta permanente transformación, denominada desarrollo, sigue un patrón genético, pero es modificable en distintos aspectos y medida según la especie de ser vivo que se trate.

Si el entorno es muy estable, los aspectos incluidos en el programa genético suelen ser suficientes para la supervivencia de los individuos durante el tiempo programado genéticamente. Si el entorno es muy cambiante, sólo podrán readaptarse a las nuevas situaciones las especies cuyos individuos dispongan de las apropiadas capacidades de autotransformación a través de procesos de aprendizaje.

No obstante, por muy eficaz que sea su capacidad de autoconstrucción y muy estable que sea el entorno, las posibilidades de supervivencia van reduciéndose progresivamente por el deterioro natural de todo sistema de base orgánica. Después de transcurrido el tiempo previsto genéticamente, el ser vivo va perdiendo capacidad de captación de energía y de regeneración, deteriorándose sus elementos constitutivos que acaban degradándose y convirtiéndose en energía aprovechable para otros seres vivos.

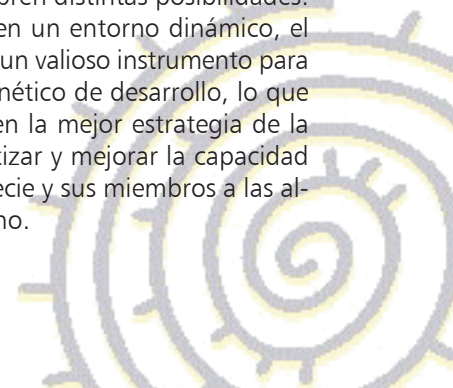
Podríamos pensar en la dinámica de la vida como una pulsación de un sistema con una etapa en la que se desarrolla apropiándose de elementos del entorno, se reproduce y luego inicia otra etapa en la que se deteriora y pierde sus capacidades hasta hacerse inoperativo y colapsar, siendo sustituido en

el entorno por descendientes que gracias a su experiencia resultan mejorados en adaptabilidad sin desequilibrar el ecosistema.

Los seres vivos se desarrollan y degeneran simultáneamente en diferentes aspectos y lo hacen en ciclos de amplitud distinta. Así, por ejemplo, el momento de máxima competencia física de las personas no suele coincidir con el momento de máxima competencia en la comprensión de los hechos sociales. Por ello, en realidad, al pensar sobre la vida de un ser vivo, debemos entenderla como una sinfonía compuesta de múltiples pulsaciones que se pueden encontrar en distintos momentos de su ciclo.

Todas las especies de seres vivos consolidan y transfieren muchas de las características y competencias adquiridas a sus descendientes, las más consolidadas son transferidas por vía genética. Las más novedosas, lo son por vía de aprendizaje social. Luego, cada individuo las concreta y modifica a partir de su propia experiencia dentro de unos límites conforme a la capacidad de su especie para incorporar patrones aprendidos.

El patrón de desarrollo y las capacidades autoconstructivas son específicas de cada especie. Una estrella de mar puede autoconstruir un miembro perdido, un ser humano puede autoconstruir muy diversos intereses vitales. Sus estrategias adaptativas han encontrado diferentes soluciones autoconstructivas que les abren distintas posibilidades. Pero lo cierto es que, en un entorno dinámico, el aprendizaje representa un valioso instrumento para alterar el programa genético de desarrollo, lo que le convierte sin duda en la mejor estrategia de la naturaleza para garantizar y mejorar la capacidad adaptativa de una especie y sus miembros a las alteraciones de su entorno.



NÚMERO

46
2021

Los procesos de desarrollo y aprendizaje definen el marco de la actividad del psicomotricista. Enfocar su actividad profesional desde una perspectiva constructivista le ofrecerá un marco conceptual compartido con las ciencias básicas y las ciencias sociales actuales, alejándose de los encuadres teóricos mentalistas y mecanicistas que tuvieron gran protagonismo en la interpretación psicológica del ser humano en otro tiempo.

Las teorías mentalistas son narrativas que en algunos casos tienen una factura muy rica y estética, pero que intentan obviar que sólo responden a una época y contexto cultural y que difícilmente describirían la realidad de entornos suficientemente alejados en el tiempo, el espacio o la realidad social. Nos aportan mucha luz sobre el universo particular de sus autores, pero no encuentran encaje en la ciencia del siglo XXI y los vertiginosos avances en neurociencia muy probablemente van a conducir a estas teorías a convertirse en pocas décadas en un mero objeto de estudio antropológico.

Mientras tanto, las teorías mecanicistas simplemente son insuficientes para explicar, no sólo al ser humano, sino a cualquier ser vivo.

Casi transcurrido el primer cuarto del siglo XXI, nos encontramos en tiempos para la física cuántica, las matemáticas no lineales y los sistemas inteligentes autoconstructivos. A la psicomotricidad no le conviene quedarse en las rígidas narrativas propias de otras épocas.

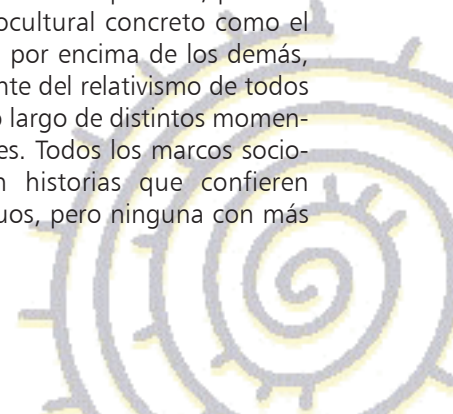
Por su parte, el constructivismo nos permite recoger e integrar los principios básicos de las distintas aportaciones a la práctica psicomotriz a lo largo de su historia, siempre que renunciemos al dogmatismo y estemos dispuestos a respetar las realidades ajenas.

Se trata de un planteamiento que no reconoce

dogmas universales, ni teóricos ni prácticos. No busca dar respuestas a las grandes preguntas, ni recetas garantizadas para resolver todos los problemas, sólo pretende acompañar y apoyar sin ser invasivo a las personas en la búsqueda de un crecimiento armonioso y de su propio bienestar dentro de su universo personal, intentando ayudarle a enriquecerlo, potenciando su autonomía y facilitando que aborde con los mejores recursos los retos a los que se enfrenta. Por ello, el constructivismo subyace a los movimientos contemporáneos en pro de la aceptación de la diversidad en aptitudes, intereses, valores y estilos de vida.

Por la misma razón, también está detrás del replanteamiento de los sistemas educativos actuales, promoviendo la consideración del ritmo individual de aprendizaje, situando al alumno en el centro del proceso de enseñanza y concibiéndole como el protagonista de su propia historia y constructor de su propio conocimiento, entendiendo el papel de los docentes como de respetuosos acompañantes en ese proceso, cuyas labores serían fundamentalmente de andamiaje y no tanto de fuente de sabiduría como antaño.

Esto parecería cuestionar la función del educador como transmisor cultural. En realidad, el constructivismo se interesa y aprecia el acervo de las comunidades culturales, sus valores, creencias y todo lo que aportan al desarrollo de la persona, pero no sitúa a un marco sociocultural concreto como el modelo incuestionable por encima de los demás, ya que es muy consciente del relativismo de todos ellos si se observan a lo largo de distintos momentos históricos y latitudes. Todos los marcos socioculturales representan historias que confieren identidad a los individuos, pero ninguna con más legitimidad que otra.



NÚMERO

46

2021

Debe remarcar que en el ámbito profesional el constructivismo no defiende planteamientos rígidos, pero tampoco el eclecticismo superficial tan frecuente en el profesional deficientemente formado. Muy por el contrario, apuesta por la integración de perspectivas para la mejor comprensión de nuestro objeto de estudio. Integración que exige un conocimiento profundo de las distintas aportaciones teóricas incorporadas y una flexibilidad conceptual que permita encajarlas. Algo complejo, pero que, sin duda, nos hace mejores profesionales.

En los siguientes apartados se reflexionará sobre algunos factores biológicos, socioculturales y psicológicos del desarrollo humano desde una perspectiva constructivista. Eso, nos permitirá formar una urdimbre con las aportaciones de muy distintas disciplinas y percibir al ser humano como un sistema autoconstructivo que se desarrolla como un cuerpo con historia.

En el último apartado, se propondrá un planteamiento constructivista de las intervenciones en psicomotricidad, definiendo objetivos, requerimientos y modelos de actuación.

PRIMER MOVIMIENTO - El factor biológico: Somos un cuerpo.

En el marco de la diversidad biológica, como hemos dicho, el ser humano es una de las especies de primate homínido. Un homínido con exitosas capacidades adaptativas basadas en:

- El aprendizaje como instrumento principal de actualización de su programa genético de desarrollo.
- Un cerebro que procesa con una asombrosa plasticidad nuestras experiencias y reestructura sus redes neuronales en función de ellas.
- Una gran capacidad de elaboración de concep-

tos, constructos y modelos interpretativos de la realidad, que le permiten comprender las relaciones entre los hechos, pronosticar futuras situaciones y actuar propositivamente frente a ellas con más flexibilidad y eficacia que otras especies.

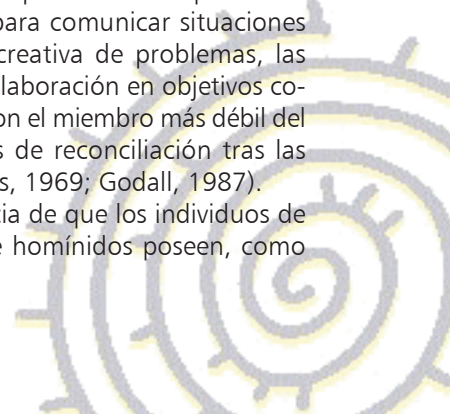
Ciertamente los humanos hemos sido capaces de grandes hazañas, incluida la de reinventarnos a través de bellas narraciones, pero es importante reconocer somos y asumir nuestro origen biológico.

La etología ha estudiado a otras especies de nuestro grupo, nuestros primos los chimpancés, los gorilas, los orangutanes y los bonobos y ha dejado constancia de patrones de comportamiento de estos otros homínidos que inevitablemente nos resultan muy familiares.

Estas similitudes entre especies de homínidos son muy evidentes si nos fijamos en los aspectos más fundamentales del comportamiento como son la organización social, el sexo, la crianza de la prole, la territorialidad, la exploración y transformación del entorno, la construcción y uso de herramientas o la agresión y la defensa frente a ella (Bekoff, 2003).

Pero aún más allá, las investigaciones han referenciado sorprendentes similitudes respecto al comportamiento en conductas sociales muy complejas; por ejemplo, la planificación y preparación de acciones incorporando lo aprendido en experiencias previas, la capacidad para comunicar situaciones vividas, la resolución creativa de problemas, las alianzas sociales y la colaboración en objetivos comunes, la solidaridad con el miembro más débil del grupo y las maniobras de reconciliación tras las confrontaciones (Morris, 1969; Godall, 1987).

Más aún, hay constancia de que los individuos de estas otras especies de homínidos poseen, como



NÚMERO

46

2021

nosotros, personalidad propia y conciencia de sí mismos, desarrollan una cultura tribal que transmiten a las nuevas generaciones y tienen una capacidad de abstracción y categorización que les permite comunicarse mediante símbolos e incluso adquirir un vocabulario pictográfico que alcanza los 1000 signos (Patterson y Linden, 1981). También compartimos con ellos el lenguaje no verbal, habiéndose constatado que de forma natural utilizan expresiones como, por ejemplo, extender la mano con la palma hacia arriba para pedir algo o agitar la mano hacia delante y atrás mostrando el dorso para echar a alguien de su lado (De Waal, 2007). La capacidad intelectual de las otras especies de homínidos se ha comparado a la de un niño entre 2 y 4 años y, si hemos tenido oportunidad de relacionarnos con niños de esas edades, recordaremos fielmente cuan humanamente inteligentes son. Por tanto, desde el análisis científico, sólo nos cabe asumir que los humanos somos simplemente una de las especies de primate homínido, si bien, con un excelente desarrollo de algunas capacidades, lo cual nos aporta grandes ventajas adaptativas.

Este desarrollo singular parece estar vinculado a la evolución de algunos procesos corporales como son la bipedestación que liberó la mano para la manipulación de objetos, la propia estructura de mano que facilita la motricidad fina, la capacitación de la faringe para el lenguaje y, en especial, el desarrollo del encéfalo para dar soporte a todas las posibilidades que abrían las otras modificaciones morfológicas mencionadas.

Para reflexionar sobre la mejora de la capacidad de procesamiento cognitivo que surgió a partir de la evolución de nuestro encéfalo, se han empleado constructos como el alma, el espíritu, la psique o la mente. A todos ellos se les ha dado entidad de

objeto y se han elaborado todo tipo de propuestas sobre su origen, funcionamiento y finalidad.

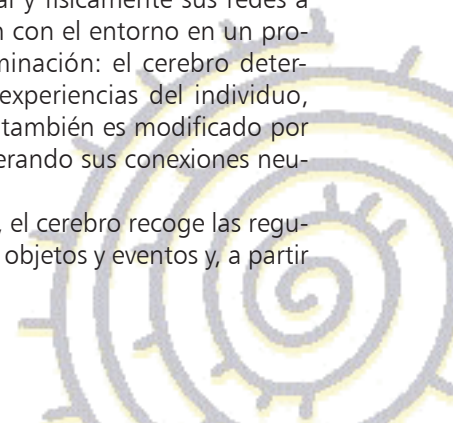
Así, encontramos millones de personas de distintas culturas que, de espaldas a la ciencia, se siguen considerando a sí mismas como un "yo" que habita accidentalmente un cuerpo, del mismo modo que subsisten muchas teorías psicológicas que explican al ser humano sin referencias al cuerpo que somos.

Hoy en día, en el ámbito de las ciencias biológicas, y en la neurociencia en particular, la mente y los otros elementos afines no se entienden como un objeto, sino como un constructo que hace referencia a un proceso de nuestro cerebro que tiene por finalidad contribuir a la gestión del macrosistema corporal que constituye un ser vivo y mediar en su interacción con su entorno (Capra, 1998; Llinas, 2003; Maturana, 2009; Damasio, 2011).

El cerebro abordaría su contribución a la adaptación del ser vivo detectando semejanzas, coherencias y regularidades en un entorno en permanente movimiento y transformación, lo cual le permitiría predecir situaciones y organizar la conducta inteligentemente y así facilitar la homeostasis del individuo con su ecosistema. Homeostasis imprescindible para poder sobrevivir en él (Von Bertalanffy, 1976).

La eficacia del cerebro se sustentaría en ser capaz de reconstruir funcional y físicamente sus redes a partir de su interacción con el entorno en un proceso de mutua determinación: el cerebro determina e interpreta las experiencias del individuo, pero al mismo tiempo también es modificado por dichas experiencias alterando sus conexiones neuronales.

Para ejercer su función, el cerebro recoge las regularidades percibidas en objetos y eventos y, a partir



NÚMERO

46

2021

de ello, elabora conceptos y atribuciones que se articulan en un modelo virtual de realidad que permitirá extrapolaciones a experiencias aún no vividas, dando pie a las conductas propositivas y a la previsión de sus consecuencias.

Hoy en día, las neurociencias estudian desde este enfoque las funciones cognitivas y ejecutivas más complejas, definiéndolas como procesos autoconstructivos de las conexiones en red del cerebro.

Pero, si renunciamos a concebir la mente como un objeto y asumimos considerarla como un proceso del cerebro, corremos el peligro de olvidándonos que somos un cuerpo, un macrosistema autoconstructivo global y no sólo un cerebro.

Deberíamos evitar investigar al cerebro con la misma rigidez con la que antes se imaginaba a la mente: buscando ubicaciones de funciones, reglas estables de acción-reacción, procesos universales que expliquen y pronostiquen cualquier acción humana, olvidando que, si algo es el cerebro, es precisamente un sistema de redes en permanente transformación.

Creemos que la psicomotricidad debe ayudar a evitar que se sustituya de forma simple el antiguo papel mágico de la mente por el nuevo protagonismo del cerebro y para ello pensamos que es muy útil el concepto de inteligencia corporal planteado por Claxton (2016).

Para este autor, el cuerpo globalmente es quien aprende y se adapta a todo tipo de cambios de su entorno; por ejemplo, a cambios de dieta, de clima, de actividad, a lesiones, infecciones, etc. y es capaz de hacerlo con la participación del cerebro o sin ella, consciente la persona de ello o sin serlo. Así sucede en los seres vivos más elementales y también en las especies que somos capaces de interponer mediadores cognitivos.

Nuestras cogniciones depuran muchos procesos adaptativos del macrosistema corporal, pero las acciones adaptativas de los seres vivos existen evolutivamente desde mucho antes de que surgieran especies con un cerebro capaz de generar cogniciones.

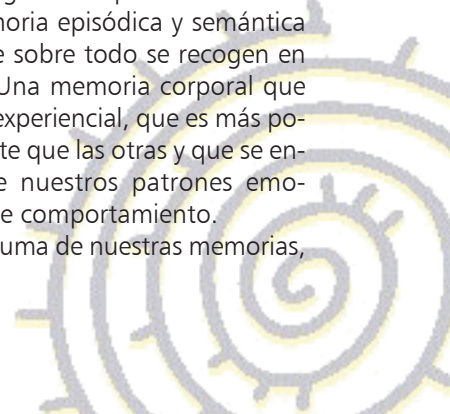
En virtud de ello, Claxton (2016) propone reconceptualizar nuestra concepción de la inteligencia y entenderla como una capacidad corporal de adaptación propia de los seres vivos en tanto que macrosistemas biológicos que interactúan globalmente con su entorno para su supervivencia. Los sistemas nerviosos de distintas especies de seres vivos implementan funciones diversas en esa interacción inteligente, entre las que se incluyen las producciones cognitivas y el aprendizaje.

En definitiva, si el cuerpo es globalmente el sujeto inteligente que procesa, aprende y se transforma, nuestro análisis no debiera centrarse en el cerebro para sustituir a la mente, sino que debiera considerar al cuerpo en su integridad. Exactamente como hace la psicomotricidad.

Esto sitúa a la psicomotricidad, de pleno derecho, como la intervención paradigmática para favorecer el desarrollo, ya que se caracteriza precisamente por ese abordaje corporal globalizado (Hernández, 2015, 2021).

Los psicomotricistas trabajamos ofreciendo experiencias y aprendizajes globales que actúan sobre los registros de la memoria episódica y semántica del individuo, pero que sobre todo se recogen en su memoria corporal. Una memoria corporal que se construye de forma experiencial, que es más potente y menos consciente que las otras y que se encuentra en la base de nuestros patrones emocionales, cognitivos y de comportamiento.

Las personas somos la suma de nuestras memorias,



NÚMERO

46

2021

la que nos dejaron generaciones de antepasados en nuestro código genético, la que recoge la interpretación de la realidad de nuestro nicho sociocultural y la derivada de nuestras experiencias privadas y el significado personal que les hemos atribuido. Somos un cuerpo, pero un cuerpo con historia. Una historia en muchos planos superpuestos que nos construye y nos confiere una identidad propia. Gracias a esa historia, nuestra realidad biológica puede contraprogramarse desde el contexto sociocultural y un monje budista, un integrista cristiano, judío, musulmán o animista generan realidades y conglomerados de significados muy distintos y todos ellos vividos como la única realidad posible. Del mismo modo, el individuo puede conectar con el universo a través del yoga o el reiki, resignificar sus traumas infantiles a través del psicoanálisis o reformular su escala de valores tras una experiencia traumática o una conferencia impactante. De hecho, es tal nuestra capacidad de "autorreprogramación" que, hoy en día, es desgraciadamente frecuente que alguien destruya su propia salud para ser más popular o maltrate a sus hijos para desahogar sus frustraciones. También antaño sucedía que algunas personas se alistaban en el ejército para morir por su monarca o por un ideal, por mucho que hoy nos pueda sorprender. Así, podemos concluir que el legado genético fundamental del ser humano es paradójicamente su especial capacidad para el aprendizaje y para una autoconstrucción cognitiva que puede sobrepasar improntas genéticas de primer orden.

SEGUNDO MOVIMIENTO. - El factor sociocultural: Heredando una historia colectiva que vivir.

Una parte importante de la historia que construimos

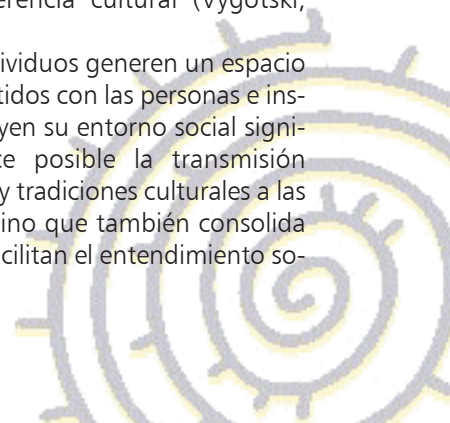
y vivimos procede de la cultura en la que hemos sido socializados y representa unos poderosos lazos que nos unen a nuestra comunidad incluso si renegamos de ella.

Los procesos de socialización promueven entre los miembros de una comunidad una determinada forma de percibirse a sí mismo y al entorno en el que vive y, en la mayoría de las ocasiones, queda tan asumida que la persona la considera una verdad objetiva a la que ha accedido por un proceso de maduración personal sin percibir en él ninguna influencia social.

No obstante, si bien el individuo obtiene en su socialización respuestas convincentes a muchas cuestiones relevantes, dicho proceso está sujeto al contraste con las experiencias individuales de cada persona. Si alguien percibe incongruencias significativas con sus propias experiencias, puede mirar hacia otro lado, buscar justificaciones o desarrollar una actitud crítica y de oposición más o menos abierta al legado cultural de su comunidad.

Pero independientemente del nivel de actitud crítica hacia la propia cultura que desarrolle una persona, la aculturación es siempre un elemento fundamental en el proceso de construcción de su identidad. Su impacto va a ser modulado por la eficacia de los agentes sociales en el establecimiento de una intersubjetividad con el individuo que sirva de cauce a la transferencia cultural (Vygotski, 1978).

El hecho de que los individuos generen un espacio de constructos compartidos con las personas e instituciones que constituyen su entorno social significativo, no sólo hace posible la transmisión conocimientos, valores y tradiciones culturales a las nuevas generaciones, sino que también consolida códigos de conducta facilitan el entendimiento so-



NÚMERO

46

2021

cial. Todo ello, da soporte al desarrollo personal de los miembros de una comunidad y a la viabilidad de la propia comunidad como colectivo.

Un aspecto fundamental de la intersubjetividad gira en torno a si es legítimo aprovecharla para imponer nuestro modelo de realidad sobre el de otra persona. De fondo se haya la confrontación entre el esencialismo de creer que nuestra verdad es la válida y las demás son erróneas y subjetivismo de reconocer y respetar todas las realidades a un mismo nivel.

Hace cincuenta años el marco cultural en el que una persona se había criado explicaba buena parte de su realidad. Nuestra forma de pensar sobre la vida y la muerte, la familia, la comunidad, la religión, la autoridad, el trabajo o la estructura social tenían una fundamentación común con las personas de nuestro entorno. Cuando nos distanciábamos en algún aspecto era por intensas experiencias personales y lo hacíamos con rabia, desilusión o culpabilidad.

Sin embargo, hoy en día, las sociedades humanas están cambiando de una forma tan radical y vertiginosa como nunca lo habían hecho. La economía y la cultura se han globalizado. Además, el conocimiento y la tecnología ha avanzado exponencialmente, permitiendo que estemos hiperconectados y tengamos grandes facilidades para la movilidad física o virtual de personas y productos. Todo ello ha facilitado que tengamos acceso a muy diversos modelos de realidad.

Pero las tecnologías que hoy dominamos pronto quedarán obsoletas y serán sustituidas por nuevos artefactos y servicios que progresivamente irán ocupando más y más de nuestro espacio vital. De hecho, en nuestra vida actual, el aprendizaje, el trabajo y los vínculos sociales se han convertido en

buena medida en virtuales y están en manos de corporaciones mucho más poderosas que los propios estados.

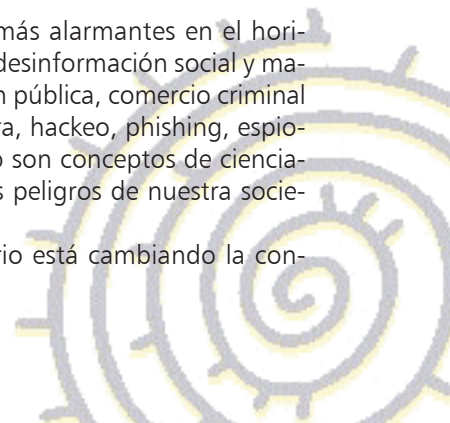
Hoy en día, valoramos a una empresa, un profesional o una posible amistad en función de la calidad de su presencia en redes sociales. Así, compramos o contratamos servicios de todo tipo a través de grandes distribuidores que nos presentan aquellas cosas que saben que nos van a interesar sin que se lo solicitemos gracias a que nuestros datos se han transferido y procesado en servidores a miles de kilómetros para comerciar con ellos.

Somos cada vez más dependientes de estos servicios cuya carrera tecnológica hacia "lo más potente, inmediato, cómodo, pequeño y barato" se financia con nuestro consumo, lo cual hace que el máximo esfuerzo de dichas corporaciones esté orientado a lograr que cedamos nuestras decisiones de consumo a sus algoritmos.

En un futuro muy próximo, las sociedades se gobernarán mediante los big data y pronto la inteligencia artificial organizará buena parte de nuestra vida cotidiana: Coches autónomos, electrodomésticos conectados al internet de las cosas, robótica, impresión 3D de todo tipo de objetos y materiales, incluidos los biológicos, que transferirán partes importantes de nuestras vidas a las empresas tecnológicas y a las de comercialización y distribución de bienes de consumo.

Y aún hay elementos más alarmantes en el horizonte: operaciones de desinformación social y manipulación de la opinión pública, comercio criminal a través de la red oscura, hackeo, phishing, espionaje y guerra digital no son conceptos de ciencia-ficción, sino los nuevos peligros de nuestra sociedad actual.

Este arrollador escenario está cambiando la con-



NÚMERO

46

2021

ducta, el pensamiento y los valores humanos. Cualquiera padre de adolescente puede dar fe de ello. Nuestro gran desafío es si seremos capaces de reinventarnos antes de que este nuevo mundo nos pase por encima y nos convierta en autómatas de nuestros autómatas y que con el engaño de “ofrecernos una mejor experiencia” nos arrastre a confundir nuestro bienestar con el consumo continuado, compulsivo y teledirigido de nuevos artilugios y servicios con el que financiar nuevos artilugios y servicios en un círculo vicioso en el que las personas se convierten en un mero eslabón.

La cuestión es si podemos desprendernos del mundo en el que crecimos y que ya no existe y seguir siendo dueños de nuestra vida mientras deambulamos en las redes de un nuevo mundo.

La revolución social y cultural que avanza junto a la revolución tecnológica quizás conduzca a que el polícromo abanico de creencias, valores y principios de organización social que construyó la Humanidad a lo largo de muchos siglos se desmorone ya que, perdida la magia de considerar sus dogmas como verdades universales e indubitables, han pasado a convertirse solo en otros elementos de consumo.

Un día nos interesa la vieja cultura vikinga y nos olvidamos de que anteriormente tuvimos curiosidad por los aztecas y que quizás mañana nos vuelva la curiosidad sobre el budismo. Todo en función de algún nuevo producto musical o una serie televisiva. Así, las “verdades absolutas” del marco socio-cultural en el que crecimos se convierten en una opción entre otras tantas que consumir.

El concepto de realidad se muestra cada vez más como dependiente del punto de vista escogido por el observador entre múltiples posibilidades como nos anunciaba el siglo pasado Von Foerster (1991),

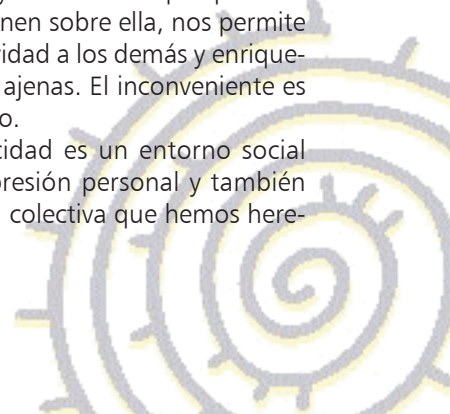
pero está en nuestras manos que ese relativismo se convierta en un consumismo superficial o en una apertura a otras perspectivas como fuente de mejora personal.

Al igual que la física actual mantiene que el tiempo y el espacio son relativos y que nuestra percepción de ambos es una construcción subjetiva, en nuestra nueva aldea global e hiperconectada, los grandes dogmas culturales se tambalean y nuestras opciones posibles ante esta situación no son demasiadas:

- Un rebote dogmático, inflexible y beligerante para proteger alguna de las tradiciones culturales con la que nos identificamos, normalmente porque fue nuestro entorno de socialización.
- Un desapego cultural generalizado, al que algunos denominan posmodernidad, que ha conducido a que algunas personas hayan optado por vivir con total carencia de valores (Hernández, 2016).
- O negarse a vivir en ese vacío que te relega a mera fuerza de trabajo y consumo y promover que cada persona se comprometa con unos valores y una forma de concebir la realidad con los que se identifique (Kholberg, 1982), pero renunciando a considerarlos dogmas universales y cultivando todos nosotros una actitud tolerante y respetuosa hacia las convicciones de los demás.

La ventaja de esta tercera opción es que asumir que la realidad no es una y tiene tantas perspectivas como personas reflexionen sobre ella, nos permite acercarnos con receptividad a los demás y enriqueceremos con las miradas ajenas. El inconveniente es que nos provoca vértigo.

La sala de psicomotricidad es un entorno social único para la libre expresión personal y también para mostrar la historia colectiva que hemos heredado.



NÚMERO

46
2021

Todos los arquetipos culturales introyectados por los participantes se manifiestan abiertamente bajo la coartada del juego. Ser conscientes de ellos y valorar el grado de coherencia que demuestran con los valores declarados por cada individuo nos dibuja un bosquejo fiel de los retos de desarrollo que enfrentan y aquellos en los que el psicomotricista les puede ayudar.

TERCER MOVIMIENTO - El factor psicológico: La identidad autoconstruida.

Desde una perspectiva constructivista, el procesamiento cognitivo de objetos y eventos es la fuente de nuestros pensamientos. Se trata de un proceso que puede utilizar múltiples códigos y establecer relaciones flexibles entre distintos elementos para poder organizar y comprender todos los aspectos y posibilidades de una situación.

Planificar acciones a partir del análisis de las situaciones tiene un gran valor adaptativo, pues evita los inconvenientes de actuar reactivamente y sufrir consecuencias indeseables que pueden ser irreversibles.

La habilidad de manipular cognitivamente lo que vivimos es imprescindible para comprender la versátil inventiva humana y la riqueza de sus producciones culturales, científicas y artísticas.

Cada persona desarrolla su particular teoría sobre la realidad mediante esta recreación cognitiva de sus experiencias personales. Teoría que constituirá un marco subjetivo de interpretación de sus vivencias. En ello, empleará las capacidades y recursos de que disponga para recopilar, procesar y atribuir significado a los datos a su disposición sobre sí mismo y sobre su entorno.

Un importante grupo de dichos recursos provienen del proceso de aculturación de cada individuo en

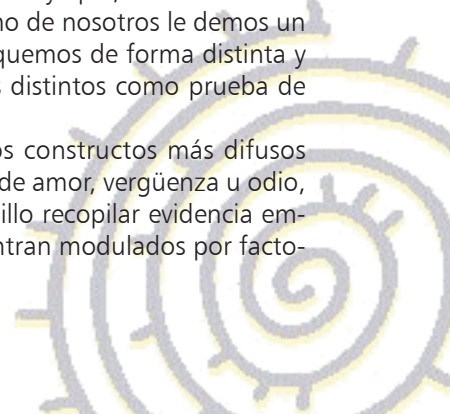
su comunidad y entre ellos se incluyen algunos constructos relativos a las emociones, que han de servirle para dar sentido al impacto que producen las situaciones que vive en su macrosistema corporal y así catalizar las acciones pertinentes en cada caso.

Las teorías tradicionales han atribuido a las emociones naturaleza de objeto, describiéndose sus características y su evolución como si se tratara de estructuras biológicas. No obstante, desde una perspectiva constructivista, las emociones no tienen una entidad neurofisiológica específica y diferenciada (Barret, 2018), por lo que debemos conceptualizarlas como una percepción contextualizada de cómo reaccionamos corporalmente ante una situación. Así, por ejemplo, si se nos acelera el pulso cardíaco y se nos dilatan las pupilas, en función de nuestro conocimiento de la situación en que se produce, hablamos de alegría, miedo o sorpresa.

El proceso es el siguiente: nuestro cuerpo reacciona globalmente ante las situaciones que vivimos conforme al significado que les atribuimos y luego conceptualizamos esa reacción mediante conceptos aprendidos de nuestro contexto cultural, matizados por nuestra experiencia individual previa.

Esto hace que la alegría o la tristeza se haya entendido de muy diversas formas en distintas culturas a lo largo de su historia y que, dentro de una misma cultura, cada uno de nosotros le demos un matiz distinto, lo expliquemos de forma distinta y establezcamos criterios distintos como prueba de su autenticidad.

Más aún, si analizamos constructos más difusos como los sentimientos de amor, vergüenza u odio, nos resultará muy sencillo recopilar evidencia empírica de que se encuentran modulados por facto-



NÚMERO

46
2021

res culturales, históricos y relativos a las experiencias personales de cada individuo.

La importancia de los constructos emocionales radica en que son determinantes en la interpretación subjetiva de las vivencias y, en virtud de ello, harán una decisiva contribución a la construcción de una identidad personal que será nuestra referencia a la hora de intentar comprender el comportamiento propio y ajeno, sirviendo de base a la toma de decisiones en acciones propositivas.

El modelo de realidad de cada individuo tiene como eje dicha identidad personal y genera una narrativa vital que orienta y da sentido a sus acciones. Construimos esa identidad personal y esa narrativa vital tomando como referencia los registros episódicos, semánticos y corporales de nuestra interacción con el entorno y de nuestra autopercepción durante dicha interacción.

Construir una identidad personal permite que la persona sea consciente de sí misma, lo cual le facilita la coordinación de la actividad corporal y la eficacia de sus acciones propositivas incluso en circunstancias complejas como, por ejemplo, al enfrentar modificaciones críticas y súbitas en el entorno, al integrar informaciones novedosas o al utilizar simulaciones cognitivas para planificar acciones futuras (Barret, 2018; Llinas, 2003).

La consciencia sólo representa un refinado proceso cognitivo de segundo nivel que hace posible que el organismo pueda observarse a sí mismo y, gracias a ello, actuar de una forma más coherente, flexible y precisa en todo tipo de circunstancias, pero no es un recurso imprescindible para comprender el comportamiento de los seres vivos.

De hecho, el cerebro actúa mayoritariamente de forma inconsciente. Es más, constantemente se modifica a sí mismo sin ser consciente de ello para

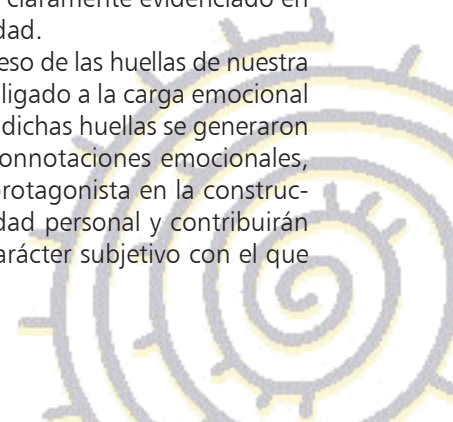
adaptarse a un entorno cambiante y mantener su capacidad adaptativa. No obstante, es evidente que la consciencia es un buen recurso y que las representaciones del propio cuerpo en interacción con el entorno mejoran notablemente el proceso adaptativo.

Así, aunque posiblemente sólo seamos un cuerpo en acción y la conducta consciente sólo represente una mínima parte de toda la conducta inteligente de los organismos vivos, cuando las experiencias significativas sacuden el sistema corporal de una persona y dejan sus huellas en él, la constatación consciente de ello le ayudará a construir una identidad y una narrativa vital que orientará la comprensión y el ajuste de sus acciones.

Esta identidad personal que poco a poco vamos construyendo es inevitablemente única. Tiene raíces en nuestra herencia biológica y sociocultural, pero se reescribe permanente a partir de interpretar subjetivamente y dar significado a nuestras propias experiencias, condicionando así nuestro presente y nuestro futuro.

Es importante resaltar que nuestra identidad no es solamente la narrativa que construimos cuando hablamos sobre nosotros mismos. Por debajo de ello, nuestras experiencias dejan huellas en nuestra memoria corporal que no tienen por qué ser conscientes, pero que se expresan en cada acto y en cada situación, como queda claramente evidenciado en la sala de psicomotricidad.

Además, dado que el peso de las huellas de nuestra memoria corporal está ligado a la carga emocional que tienen asociada, si dichas huellas se generaron revestidas de fuertes connotaciones emocionales, van a jugar un papel protagonista en la construcción de nuestra identidad personal y contribuirán significativamente al carácter subjetivo con el que



NÚMERO

46

2021

damos sentido a nuestras propias vivencias al resaltar y conectar determinados aspectos.

Por otra parte, la expresión de nuestra memoria corporal representa un potente acto comunicativo manifestándose en toda interacción social. Podríamos definirlo adaptando la perspectiva constructivista de la comunicación de Watzlawick (2008) de la siguiente forma:

- Toda conducta se convierte en un acto comunicativo que es interpretado subjetivamente por las personas presentes.
- La comunicación se ve afectada por la relación entre los interlocutores, genera una mutua influencia y es una responsabilidad compartida.
- Las relaciones que actúan de fondo a la comunicación pueden ser más o menos simétricas y pueden darse en distintos grados de complementariedad. En cada caso, pueden facilitar el desarrollo, mejorando los recursos adaptativos del individuo, o bien dificultarlo, llevándolo a situaciones de bloqueo o confusión.

En psicomotricidad tenemos un gran interés por la expresión no verbal de la memoria corporal, pero debe de resaltarse que desde una perspectiva constructivista ha de analizarse personalizadamente y en el contexto de la comunicación global del individuo.

Se trata de una tarea imprescindible para el psicomotricista porque la memoria corporal recoge y expresa la forma en que un individuo ha concretado sus determinantes biológicos y socioculturales al margen del grado de consciencia que tenga sobre ellos.

Al igual que la expresión verbal, el cuerpo que somos expresa corporalmente las historias de las que estamos contruidos. Y, al igual que en la expresión verbal, lo hace en algunas ocasiones di-

recta y conscientemente y en otras muchas, de forma metafórica e inconsciente.

Las metáforas son un poderoso instrumento en la construcción y comunicación de significados, pues permiten extender la aplicación de un constructo, enriqueciendo así nuestro conocimiento de determinados aspectos de lo vivido.

Cada persona se relaciona metafóricamente con su entorno social en una doble vertiente: Recoge principios fundamentales para su entorno a través de los contenidos que recibe de él durante su interacción social y, por otra parte, el individuo hace una expresión metafórica de su identidad personal mediante algunos aspectos de su comportamiento; por ejemplo, sus gustos estéticos y sus actividades de ocio, manifestando a través de ellos los constructos centrales de su teoría sobre el mundo y sobre sí mismo (Hernández, 2018, 2021).

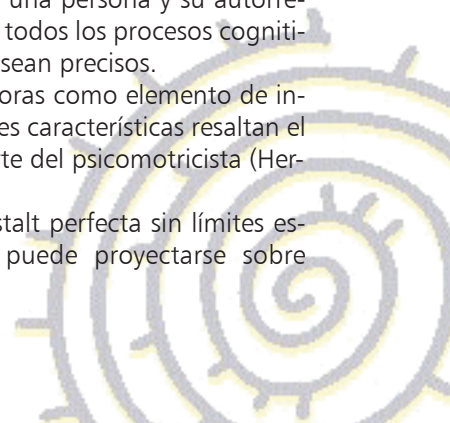
Para el psicomotricista, la comunicación metafórica representa un poderoso elemento de observación e intervención.

En relación a lo primero, el juego libre es sin duda el mejor escenario para la expresión metafórica de la persona, en especial cuando se genera una narrativa que lo reviste, justifica y refuerza.

Este tipo de juego facilita que la sala de psicomotricidad se convierta en un verdadero espacio de intersubjetividad y diálogo metafórico desde donde apoyar el desarrollo de una persona y su autorregulación, dinamizando todos los procesos cognitivos y emocionales que sean precisos.

En relación a las metáforas como elemento de intervención, las siguientes características resaltan el valor de su uso por parte del psicomotricista (Hernández, 2021):

- Representan una gestalt perfecta sin límites espaciotemporales que puede proyectarse sobre



NÚMERO

46

2021

cualquier vivencia con la que se establezca una conexión.

- Si son novedosas y sorprendentes para el individuo, captarán su atención, pero también pueden incidir en su percepción e influir en sus acciones fuera del campo de la consciencia.
- Motivan la evolución personal autorregulada y facilitan la comunicación, la negociación de significados con otras personas y la toma de decisiones.
- Permiten reelaborar indirectamente situaciones vividas, ensayar como afrontarlas, comprobar los obstáculos a superar y los recursos personales disponibles.

FINALE - Una psicomotricidad constructivista: Modelo de actuación 3.0.

La historia de nuestra disciplina ha discurrido entre una psicomotricidad funcional enfocada a desarrollar destrezas motrices mediante actividades que mejoran la coordinación de movimientos, el equilibrio o la destreza manual y una psicomotricidad relacional enfocada a explicar e incidir en las dinámicas inconscientes de las motivaciones humanas. La psicomotricidad constructivista adopta una perspectiva globalizadora del individuo como un macrosistema biológico y, en coherencia con ello, no asume el dualismo cartesiano que escinde el cuerpo y la mente, entendiendo por tanto que ambos son una realidad única.

Somos un cuerpo modelado por una historia colectiva e individual, un cuerpo que siente, piensa y actúa construyendo una identidad propia.

Un cuerpo que se autoconstruye como un todo y vive una realidad armada sobre una historia con contribuciones biológicas, sociales y vivenciales que se entretajan formando una red dinámica de significados que alimentan nuestra comprensión del

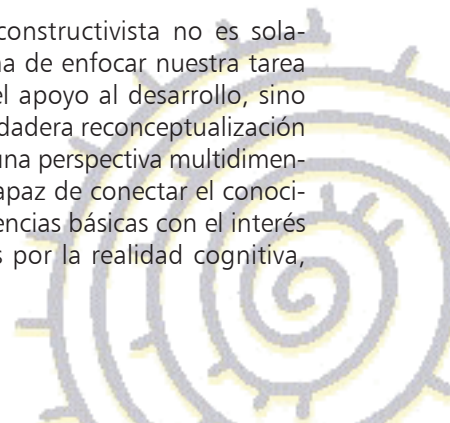
mundo y de nosotros mismos y da pie a nuestra conducta propositiva.

El cuerpo es el protagonista de nuestras vivencias y registra sus huellas, no sólo las de nuestros logros y fracasos, sino también las de nuestras necesidades, anhelos, temores y frustraciones. Todo ello lo expresa de una forma más fiel que traducido a palabras.

La psicomotricidad permite a la persona reencontrarse conscientemente con su memoria corporal y construir significados coherentes que atribuir a sus vivencias, superar desajustes que distorsionan su identidad y narrativa vital, así como autogestionar un desarrollo equilibrado y armónico que le conduzca al bienestar personal.

Como psicomotricistas creemos que el desarrollo y el bienestar psicológico pasa por reencontrarnos con el cuerpo que somos y con las huellas recogidas en nuestra memoria corporal, escuchando lo que relatan de nuestra identidad y narrativa vital. Sin embargo, a lo largo de la historia de la Humanidad, muchas culturas han educado en la negación del cuerpo y, por ello, muchas personas viven de espaldas a sí mismos. En otras épocas, esto ha tenido manifestaciones diversas que no vamos a abordar aquí; pero, en la actualidad además favorece que muchos individuos queden atrapados en las redes de la realidad virtual de sus dispositivos electrónicos.

Una psicomotricidad constructivista no es solamente una nueva forma de enfocar nuestra tarea como profesionales del apoyo al desarrollo, sino que representa una verdadera reconceptualización del ser humano desde una perspectiva multidimensional e integradora, capaz de conectar el conocimiento actual de las ciencias básicas con el interés de los psicomotricistas por la realidad cognitiva,



NÚMERO

46

2021

emocional y social del ser humano, una perspectiva más consciente de la influencia de los contextos, al tiempo que más respetuosa y defensora de la autodeterminación y la capacidad creativa de cada persona (Hernández, 2021).

Definimos el objetivo genérico de nuestra intervención como el favorecer el desarrollo y el bienestar de los usuarios. Entendiendo estos dos términos de la siguiente forma (Hernández, 2019, 2021):

- El desarrollo es un proceso autoconstructivo a partir de un programa genético que persigue optimizar la capacidad de adaptarse a un entorno dinámico de una forma autorregulada, siendo capaz de generar recursos propios y poner en marcha acciones funcionales para lograr la supervivencia y el mayor bienestar posible en cada caso.

- El bienestar es el indicador psicológico del ajuste en la interacción del individuo con su nicho ecológico y se apoya en los siguientes elementos:

- Disponer de una teoría positiva, estable y funcional sobre uno mismo y la realidad.
- Sentirse autodeterminado.
- Disponer de recursos para progresar hacia los propios objetivos vitales.
- Poseer un balance emocional positivo en nuestro día a día.
- Disfrutar de vínculos afectivos significativos.
- Y, por último, jugar un papel social activo y bien valorado en nuestro entorno.

Entendiendo al ser humano como un macrosistema biológico autoconstructivo, nos situamos claramente en favor de una intervención centrada en cada individuo, respetando que sea el dueño y protagonista de su vida y renunciando a:

- La colonización vivencial y conceptual del otro.
- Encajar a las personas en taxonomías cerradas.

- El uso de estándares de desarrollo prefijados.

- El uso de procedimientos protocolizados de intervención.

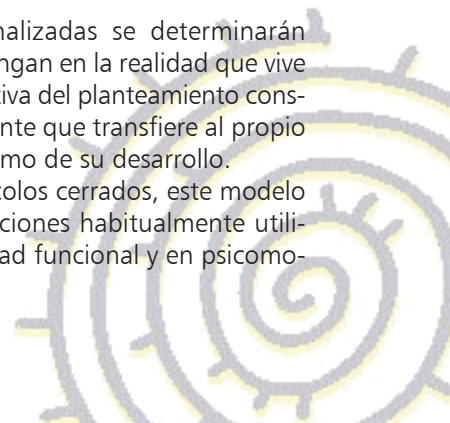
Desde una perspectiva constructivista, las fronteras entre lo educativo y lo terapéutico se difuminan, porque se entiende que cada persona es única y "lo normal" es la diversidad. Del mismo modo, la edad u otras características del individuo no representan un límite para la intervención psicomotriz sino unas circunstancias específicas que es preciso tener en consideración en la personalización de la misma.

Metodológicamente, el constructivismo promueve la integración de distintos planteamientos de intervención conforme a la necesidad de cada individuo. Si consideramos que cada persona es irrepetible y la situamos como protagonista de su propio desarrollo y bienestar, no podemos pretender un abordaje único en el apoyo que le brindamos, por lo que las técnicas psicomotrices deberán diversificarse y personalizarse.

En algunos casos, las intervenciones pueden estar basadas en el juego espontáneo y en otros en actividades dirigidas, siempre que conservemos lo fundamental que es contemplar al individuo como una realidad global que se transforma a sí mismo en base a las experiencias que acumula y asumamos que sus recursos y necesidades no responden a un único patrón.

Las estrategias personalizadas se determinarán desde el sentido que tengan en la realidad que vive el sujeto. La nota distintiva del planteamiento constructivista es precisamente que transfiere al propio individuo el protagonismo de su desarrollo.

Al no establecer protocolos cerrados, este modelo da cabida a que actuaciones habitualmente utilizadas en psicomotricidad funcional y en psicomotricidad



NÚMERO

46

2021

tricidad relacional puedan integrarse en un proyecto de intervención sin caer en el eclecticismo teórico sino en base a cómo se percibe a sí mismo y qué precisa cada persona para impulsar y gestionar su desarrollo y bienestar con autogobierno.

Desde este punto de vista, la intervención del psicomotricista puede incluir dos procesos fundamentales que según el caso pueden darse solos o combinados:

1er. proceso - Diseño e implementación de experiencias de apoyo al desarrollo.

No exige interacción directa del usuario con el psicomotricista, el cual asume la tarea de que la sala se convierta en un entorno adaptado a sus necesidades, le ofrezca vivencias que le permitan reconocer lo que su memoria corporal expresa y le facilite estimulantes oportunidades para gestionar su evolución personal.

La sala de psicomotricidad es el prototipo de contexto constructivista de aprendizaje y desarrollo porque promueve que las personas se vean involucradas activamente en experiencias que le son significativas y que poseen la suficiente carga emocional para que contribuyan de forma relevante a su desarrollo.

Experiencias autogestionadas que van a promover el uso de su creatividad y reflexión en la exploración de sus posibilidades y en la superación de sus dificultades, además de favorecer la expresión personal y la interacción en grupo, como elementos que ayudan a construir la identidad individual.

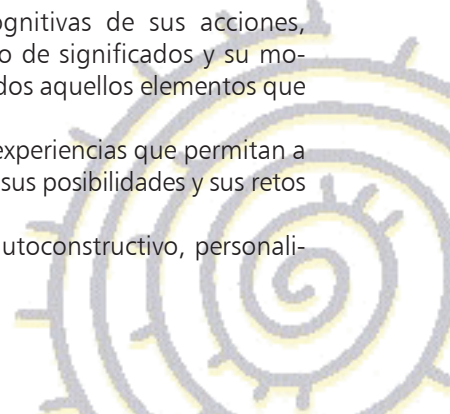
El impacto de estas experiencias en la sala de psicomotricidad estará vinculado a la carga emocional que conllevan. Las personas sólo aprendemos y nos transformamos de forma duradera y significativa a partir de experiencias que nos emocionan, o lo que

es lo mismo, que sacuden nuestro sistema corporal y a las que les atribuimos un significado valioso. Cuando la carga emocional tiene el nivel apropiado, cataliza el proceso de desarrollo logrando los siguientes efectos:

- Favorece que la persona exprese su singularidad con más claridad, lo cual ayuda a interpretar los aspectos más relevantes para nuestra intervención.
- También favorece que las experiencias vividas en la sala sean más significativas para el propio usuario, ayudándole a reconceptualizar sus percepciones, facilitando su flexibilidad adaptativa y la remodelación de su estructura conceptual y competencial.
- Cataliza el cambio de patrones emocionales, cognitivos y comportamentales.
- Favorece el desarrollo de las capacidades de autorregulación y autogobierno.

El psicomotricista debe ser capaz de diseñar y gestionar la dinámica que se genera en la sala de psicomotricidad a partir de sus propuestas. Para ello, creemos que debe disponer de un sólido dominio de la disciplina y del conocimiento científico sobre el desarrollo humano a fin de fundamentar sus observaciones e intervenciones. Del mismo modo, ha de poseer los recursos metodológicos necesarios para abordar las siguientes funciones:

- Valorar la memoria corporal y la estructura conceptual del usuario reconociendo las connotaciones emocionales y cognitivas de sus acciones, identificando su código de significados y su modelo de realidad, incluidos aquellos elementos que no son conscientes.
- Ser capaz de diseñar experiencias que permitan a cada persona descubrir sus posibilidades y sus retos de desarrollo.
- Apoyar su progreso autoconstructivo, personali-



NÚMERO

46

2021

zando el andamiaje que le brinda y permitiéndole siempre que protagonice su proceso con autogobierno, ya que para que la intervención dé frutos, cada individuo deberá atribuir a sus experiencias en la sala un significado y un valor, encajándolas en su realidad personal y vincularlas a sus objetivos vitales.

- Mostrar una actitud respetuosa hacia el usuario sin prejuizarle, ni establecer propósitos preconcebidos, asumiendo su realidad como persona única, salvaguardando su subjetividad y valorando su evolución y sus logros.

- Ser capaz de gestionar la dinámica de la sala como un sistema multidimensional, donde acciones, emociones y conceptualizaciones se generan, fluyen y se influyen mutuamente con las contribuciones de todos los presentes.

- Ser capaz de contribuir a un equipo de trabajo multiprofesional, comunicándose eficazmente con otros agentes de apoyo al desarrollo.

La plasticidad que caracteriza la organización y la gestión de la sala de psicomotricidad así entendida hace que las experiencias que ofrece repercutan globalmente en todos los aspectos del desarrollo: neuronal, cognitivo, emocional y conductual.

2do. proceso - Promover una evolución de la realidad personal del usuario a través de una negociación de significados.

La sala de psicomotricidad es un extraordinario laboratorio experiencial, donde los usuarios tienen la posibilidad de expresarse, reconocerse y reformularse y donde todas las dimensiones de la experiencia humana quedan conectadas.

Este laboratorio experiencial permite observar y dinamizar el producto de la integración de los determinantes biológicos, socioculturales y los derivados

de la subjetividad del propio individuo, convirtiéndose en un portal al pasado, presente y futuro de la persona y una oportunidad de crear, enriquecer y reconstruir patrones emocionales, de pensamiento y comportamiento en un entorno que facilita la expresión creativa y la autonomía de acción de una forma segura y adaptable a las necesidades y los recursos de cada persona.

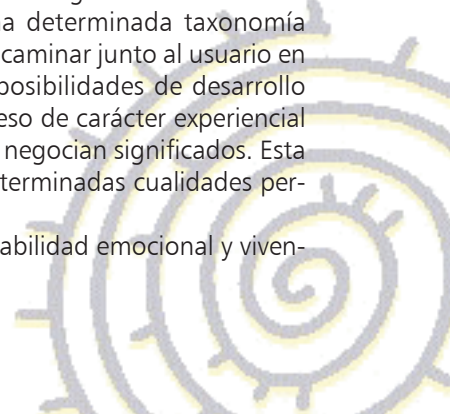
El psicomotricista puede establecer un diálogo intersubjetivo con el usuario a través de una interacción directa. Para ello, debe ser capaz de incorporarse como elemento significativo a sus distintas narrativas verbales y corporales.

Este diálogo intersubjetivo tiene una base fundamentalmente no verbal y posee una semántica plagada de influencias biológicas y socioculturales que se entremezclan dentro de la estructura conceptual específica de cada individuo.

Desde nuestra perspectiva constructivista, el psicomotricista no debe imponer su marco conceptual, sino trabajar en el universo y con el código del usuario. Por ello, y dado el fuerte carácter idiosincrático de la realidad personal de cada individuo, el psicomotricista no puede llevar a cabo una intervención rígidamente protocolizada frente a determinados perfiles de necesidades como sucede desde otras perspectivas.

Su profesionalidad no gravita en torno a dominar un catálogo de actuaciones rígidamente asociadas a las categorías de una determinada taxonomía preestablecida, sino en caminar junto al usuario en la exploración de sus posibilidades de desarrollo mediante un sutil proceso de carácter experiencial y dialógico en el que se negocian significados. Esta delicada tarea exige determinadas cualidades personales:

- Ser un ejemplo de estabilidad emocional y viven-



NÚMERO

46

2021

cia corporal positiva. Su forma de estar en la sala debe ser muy consciente y autorregulada. En ese diálogo intersubjetivo que se genera a lo largo de su intervención, el psicomotricista no sólo debe saber escuchar, también debe ser consciente de lo que él mismo expresa, directa o metafóricamente. Su expresión debe ser siempre intencional y orientada a lo que precisa el desarrollo y bienestar de la persona.

Su actitud general debe transmitir al usuario seguridad, confianza, optimismo, vitalidad, curiosidad, actitud creativa y cuanto proceda según el caso particular para que el usuario se disponga o retome la autogestión de su desarrollo y bienestar, incluso cuando se enfrente a circunstancias gravemente limitativas.

- Ser capaz de lograr ser aceptado como apoyo en la superación de retos y obstáculos de desarrollo. Para ello el psicomotricista debe lograr tener un valor dentro del universo personal del sujeto. Por eso, al iniciar la interacción, el primer objetivo debe ser construir un vínculo específico. Este vínculo es la base a partir de la cual se puede generar un espacio de intersubjetividad donde llevar a cabo una negociación de significados.

- Ser capaz de abrir un canal comunicativo multimodal que permita la construcción de una intersubjetividad con el usuario. Para ello, debe:

- Mostrarse accesible y capacitado para la interacción tónica y sensorio-motriz.
- Tener capacidad de adaptación al código personal de cada usuario con una clara consciencia de los significados atribuibles a acciones e interacciones.
- Poseer recursos para la gestión de las distintas situaciones que se puedan producir.

- Facilitar la evolución personal del usuario. El psi-

comotricista dialoga con cada individuo en una delicada negociación de significados que incluye aspectos no verbales e inconscientes de la realidad de cada persona. Dicha negociación de significados está orientada a que el sujeto sea capaz de enriquecer o reelaborar sus propias vivencias a través de:

- Reenfocar su atención y modificar la interpretación de los distintos factores.
- Modificar la carga emocional de determinadas vivencias.
- Crear y experimentar nuevas formas de actuar, de sentir y pensar.

Para finalizar, debe afirmarse que, en los dos procesos descritos, la psicomotricidad posee un enorme potencial como estrategia de apoyo al desarrollo ya que en ambos se ofrecen vivencias globales y significativas en lugar de palabras o psicofármacos como otros formatos de intervención.

No obstante, a la psicomotricidad aún le queda camino que recorrer para integrar las distintas aportaciones a su corpus teórico con una perspectiva más global y actualizada y alcanzar el reconocimiento en el ámbito social, científico y académico que merece. El constructivismo, como paradigma científico general, puede ser un gran soporte para ello.

BIBLIOGRAFÍA

- Ausubel, D. P. (1976). *Psicología educativa. Un punto de vista cognoscitivo*. México: Ed. Trillas.
- Barret, L. F. (2018). *La vida secreta del cerebro: Cómo se construyen las emociones*. Barcelona: Paidós
- Berger y Luckman. (1968). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Bruner, J.S. (1988) *Desarrollo cognitivo y educación*. Madrid: Morata.



NÚMERO

46
2021

- Capra, F. (1998). *La trama de la vida*. Barcelona: Anagrama
- Claxton, G. (2016). *Inteligencia corporal*. Barcelona: Plataforma
- Damasio, A R. (2011). *El error de Descartes*. Barcelona: Destino
- De Waal, F. (2007). *El mono que llevamos dentro*. Barcelona: Tusquets
- Goodall, J. (1986): *En la senda del hombre. Vida y costumbres de los chimpancés*. Salvat. Barcelona.
- Hernández, A. (2016). Universos paralelos. El juego de significados en la sala de psicomotricidad. En *Entre líneas*, 32, 20-25
- Hernández, A. (2018). Las metáforas de la expresión personal en psicomotricidad. En *Revista Iberoamericana de psicomotricidad y técnicas corporales*, 43, pgs. 8 -42
- Hernández, A. (2019). Construir el bienestar psicológico a través de la psicomotricidad. En *Revista Iberoamericana de psicomotricidad y técnicas corporales*, 44, 6 -25
- Hernández, A. (2021). *Psicomotricidad constructivista*. Buenos Aires: Corpora Ediciones.
- Kelly, G. (1955). *The psychology of personal constructs*. New York: Routledge
- Kohlberg, L. (1982). Los estadios morales y la moralización. *Infancia y Aprendizaje*, 18(2), 33-52.
- Llinas, R. (2003). *El cerebro y el mito del yo*. Bogotá: Grupo Editorial Norma
- Maturana, H. (2009). *La realidad: ¿objetiva o construida? I. Fundamentos biológicos del conocimiento*. Barcelona: Anthropos
- Morris, D. (1969). *El mono desnudo*. Barcelona: Plaza y Janes
- Patterson, F. y Linden, E. (1981). *The Education of Koko*. New York: Holt, Rinehart and Winston
- Piaget, J. (1971). *Seis estudios de psicología*. Barcelona: Barral.
- Piaget, J. (1977): *Psicología del niño*. Madrid: Morata.
- Rogers, C. (2000). *El proceso de convertirse en persona*. Barcelona: Ed. Paidós
- Schrödinger, E. (2016). *Mente y materia*. Barcelona: Tusquets Ed.
- Von Bertalanffy, L. (1976). *Teoría General de los Sistemas*. México: Editorial Fondo de Cultura Económica.
- Von Foerster, H. (2003). *Understanding Understanding. Essays on Cybernetics and Cognition*. New York: Springer.
- Vygotski, L. S. (1978). *Mind in Society*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Vygotski, L. S. (1979). *El desarrollo de los procesos psicológicos superiores*. Barcelona: Crítica.
- Watzlawick, P. (2003). *¿Es real la realidad? Confusión, desinformación, comunicación*. Barcelona, Ed Herder.
- Watzlawick, P. (2008). *Ficciones de la realidad. Realidades de la ficción. Estrategias de la comunicación humana*. Barcelona: Paidós
- Weber, M. (2010). *Conceptos sociológicos fundamentales*. Madrid: Alianza Editorial.





Psicomotricidad constructivista

Ángel Hernández Fernández

La psicomotricidad no es solamente una disciplina de apoyo educativo o terapéutico. La psicomotricidad supone una reconceptualización del ser humano, considerándole desde una perspectiva más globalizadora, dinámica y personalizada que la habitual, dando más valor a las emociones, al respeto hacia el individuo, a la comunicación, a la creatividad y a reencontrarnos con un cuerpo que siente, piensa y se desarrolla en interacción con los demás.

A lo largo de su corta historia, la psicomotricidad ha desarrollado muy diversos planteamientos prácticos y ha realizado grandes esfuerzos para lograr acercamientos integradores entre ellos, para conectarse con otras disciplinas y para extender su presencia en el apoyo a diversos colectivos.

Se propone en esta obra un marco conceptual con solidez científica que dé soporte a esos desafíos y que, al mismo tiempo, responda a la forma actual de entender al ser humano, su realidad emocional y la fundamentación neuropsicológica de su comportamiento.

Creemos que una relectura constructivista de la psicomotricidad puede dar respuesta a esos retos e impulsar el futuro de nuestra disciplina.

El constructivismo ofrece una nueva forma de comprender el desarrollo humano, recogiendo e integrando aportaciones de muy distintos campos científicos, desde la física a la antropología. Esta perspectiva teórica está detrás de la aceptación normalizada de la diversidad en aptitudes, intereses, valores y estilos de vida y también está detrás de concebir a la persona como protagonista de su propia historia y de ofrecerle respeto y autonomía para ello.

